

Los altares que levantamos sobre nuestro suelo son símbolos, no más, de esas grandes aras levantadas en la inteligencia.

Aratus, poeta que escribió en verso las descripciones de Eudoxio, astrónomo de la escuela de Alejandría, anterior a Ptolomeo.

Arbitrio, voz derivada del latín. — Arbitrio tiene el mismo sentido general que albedrío; pero se usa de modos algo distintos.

No se dice libre arbitrio, sino libre albedrío.

En cambio se aplica más bien el nombre de árbitro al que usa ó abusa del libre albedrío.

Así se dice que un acto es arbitrario, cuando se ha ejercitado libre, pero injustamente.

No hemos recibido los hombres el don de la *albedrialidad* para convertirla en arbitrariedad, sino para conformarla con la ley.

La enseña de la buena vida es ley con libertad y libertad con ley.

Arbol, del latín, *arbor*, y del sanscrito *urvara*. — Ser viviente que en el palacio de la vida se queda lo más bajo posible en provecho de lo más alto.

Ser de humilde condición que, á pesar de su humildad, nos protege con su sombra, nos alimenta con su fruto y nos recrea con su frondosidad y sus flores primorosas.

Arbol somos nosotros, cuyo humilde tronco sustenta un alma privilegiada, lindante con la divinidad.

No nos desvanecemos en las alturas á donde alcance el pensamiento: acordémonos de la humildad del tronco que nos sustenta, y que no por humilde deja de tener el alma necesaria para vivir.

Arca. — El misterio es un arca ce-

rrada, que guarda la función, ó sea la alianza indisoluble del fenómeno y la ley.

El arca del *testamento* de la religión mosaica era el misterio que guardaba la alianza de la ley divina con el género humano.

Sin el arca misteriosa que la guarda, no hay alianza posible entre lo definido y lo indefinido. El arca puede ser de hierro, ó de espíritu, ó de carne viviente; pero siempre será un arca representante del misterio, evocado por cuanto se sabe, como receptáculo y cuna del saber.

El arca del pensamiento reflexivo es el sentimiento que le atesora en su síntesis instantánea; la del sentimiento animal es el cuerpo vegetativo, la del cuerpo vegetativo el planeta en que vive y el sistema astronómico que circunda á todo ser viviente.

Pero hay un arca superior á las demás, y es la que lo encierra todo, así el pensamiento como mundo exterior, en ese círculo que forman la inmensidad y la eternidad (identificadas en un solo sentimiento de pura indefinición) alrededor de cuanto, pensado y realizado, sale de las entrañas de su insondable profundidad.

Arcagato, primer médico no empírico que ejerció la medicina en Roma.

Introdujo en la práctica consuetudinaria del país en que ejercía, reformas procedentes de la ilustración alejandrina, dejándose llevar por las teorías algo más allá de lo que consiente la severa doctrina hipocrática, é inclinándose al atomismo.

Arcaísmo, del griego *archê* y *archaios*, antiguo, principio. — Incurre en uso, vicioso ó no, de antigüedad, (arcaísmo) el que habla desenterrando frases que el tiempo había arrebatado

del uso común. Este es un arcaísmo voluntario, que puede parecer impertinente.

Pero ¿qué es sino arcaísmo el uso involuntario que hacemos todos de la lengua de nuestros mayores? Imitar las costumbres de nuestros padres es nuestro recurso, para no decaer del grado de cultura á que llegaron.

Toda filosofía, toda ciencia, toda tradición humana, es un arcaísmo no vicioso, sino por el contrario provechoso y necesario.

Arcano, de *arca*. — Lo escondido y conservado fuera de los límites del conocimiento actual, como lo está fuera de la vista lo que se encierra en un arca.

El arcano es indispensable, porque todo contenido reclama un continente que al cabo es desconocido. El sujeto humano, abstractamente considerado, es en cada momento de su vida un arca cerrada, dentro de la cual nada se vislumbra; sólo se supone algo indefinido y definible á la manera de lo anteriormente definido.

Arcesilao, filósofo escéptico de la *Nueva Academia*, sucesora de la de Platón.

Consignó, entre otras proposiciones notabilísimas, la de que la ciencia absoluta es imposible.

Combatió principalmente la teoría estoica de tomar por criterio de verdad la consciencia inherente ó la *fantasia cataleptica* (el sentimiento inmovilizado). A esto replicó que la consciencia puede pertenecer lo mismo á la percepción falsa que á la verdadera, y eliminó así todo criterio de verdad.

A este criterio sustituyó la verosimilitud y la probabilidad.

El escepticismo de Arcesilao, es muy prudente; demasiado prudente;

pues sin faltar á la necesaria prudencia, puede acometerse la averiguación de importantes relaciones, así teóricas como prácticas, ajenas al caso concreto de apreciar verosimilitudes y probabilidades.

Arco, del latín *arcus*. — Parte de una curva, que no llega á comprender un espacio particular.

La línea curva se distingue cualitativamente de la recta. Es y no es, en cada uno de sus puntos, la simple identificación de dos puntos. Identifica dos puntos, mediante un intervalo lleno ó definido (el coseno de la curva) distinguiéndolos simultáneamente mediante otro intervalo vacío ó indefinido (el seno de la curva).

Es de esta manera la curva, símbolo gráfico geométrico de la transacción entre un punto geométrico y la ausencia total de puntos.

Así se forma la especie geométrica, símbolo de la generalidad que, transigiendo á su vez con la particularidad, origina el individuo en un momento dado de su existencia (curva cerrada).

El arco es en geometría lo que no se puede medir exactamente; en arquitectura obra difícil y elegante, que revela un estado avanzado de la evolución artística; en formas orgánicas la más suave y graciosa; en la naturaleza, la magnífica apariencia de las sublimidades del cielo, nuncio de paz después de las tormentas; y en el pensamiento la transacción que ameniza la vida y sobre la cual estriban, como construcciones gigantescas sobre robusto cimiento, las esperanzas del porvenir.

Arco iris. — La luz que atraviesa con ciertas condiciones una nube transparente toma la forma de arco iris. Así es *como* se forma; pero ¿por qué se forma?

¿Por qué? ¿Investigamos acaso por qué se forma la luz? ¿No es la luz uno de esos grandes fenómenos que, como el calor y el movimiento, envuelven tantos otros fenómenos correlativos, y más allá de los cuales sólo queda lo infernomenal?

La luz es, efectivamente, uno de los grandes fenómenos exteriores, que basta sentir, porque se imponen á los sentidos. La luz se impone á la visión como el sonido á la audición; ojos y oídos son los sentidos exteriores, que comunican inmediatamente con el interior, emancipándose del tacto, que queda ante ellos relegado á inferior categoría.

No hay que preguntar de dónde viene la luz; viene de fuera por el camino de la visión, y más allá de la visión solo viene de Dios, de la causalidad suprema, de donde brota el Universo iluminándole ante nosotros.

La luz que llamamos blanca, distinguiéndola de la *negra*, sombra, aparece ni blanca ni negra, sino diversificada en siete colores, como el sonido aparece ante la audición diversificado en siete tonos. Esto se explica considerando que siendo la luz y el sonido unidades no cuantitativas, pero sí cualitativas, se correlacionan necesariamente con la multiplicidad cualitativa, la cual ha de tener sus leyes, como las tiene todo lo inorgánico, fijas é inmutables, frente de las variables y autonómicas del reino viviente.

Sabido es cómo se formulan estas leyes en Aritmética y Geometría, y de modo análogo procede que se formulen en el orden cualitativo.

Ha de haber grados en los colores y los sonidos, como los hay en las cantidades numéricas y geométricas. Tres fundamentales y un cuarto inicial de serie indefinida son los grados

en matemáticas. ¿Sucederá algo análogo en cuanto á los grados cualitativos?

De todas suertes, no confundamos las especies, hablando, como hacen muchos físicos, de composición y descomposición en sentido mecánico, donde sólo debe entenderse unificación y diversificación específicas.

Archeo, del griego *arche*, principio.—Todas las palabras que comienzan por *arci*, *arc*, *archi*, *arqui*, *art*, suelen relacionarse con principio, ya se entienda por principio lo *principal* en el espacio, ya lo primero en el tiempo.

El principio en el tiempo es lo principal para la acción y, sobre todo, para la acción viviente. Lo que no promueve el principio de alguna cosa en el tiempo es meramente pasivo, inerte.

El sér que vive se distingue del que no vive, en que *nace* y *renace*, conservándose, no sólo en el espacio, sino también en el tiempo, mediante una generación, cuyo origen y cuyo fin absolutos se esconden, como todo lo absoluto, en las profundidades de los tiempos.

Cada sér viviente lo más que alcanza es á conocer la fecha en que otros le vieron nacer, ignorando la de su muerte.

Se ha llamado *archo* á una sustancia imaginada á falta de conciencia íntima de la función viviente. Entidad metafísica, espíritu objetivado, ídolo adorado como legítima divinidad; ley entendida como realidad absoluta, y sin contar con la función en que se realiza.

Arder, del sanscrito *as*, quemar griego *áuo*—Función mediante la cual se define un cuerpo inorgánico particular y se definen generalidades físicas, como calor, luz y elementos gaseosos, con ó sin residuos sólidos ó

líquidos. El cuerpo que arde (síntesis), se descompone y analiza en cenizas ó residuos y gases ó vapores.

Arder es función de tercer grado dentro del orden inorgánico. El primer grado es el mecánico y el segundo el químico. Cuando arden los cuerpos, desarrollan calor y luz, que están, por cierto, en relación con los fenómenos más elevados de sentir y saber.

Ardid, de arder.—Ardid y ardimiento se refieren á una especie de calor intelectual, que favorece la aplicación de la inteligencia á sus fines propios, armándola del vigor necesario para conseguirlos.

Ardid implica también cierto engaño hecho al contrario, para vencerle mejor. Hay ardid de guerra, y aun de contiendas entre dos individuos, que se consideran lícitos. No es, sin embargo, lícito un abuso que haga degenerar el ardid en felonía.

Hay ardid de silogísticos para vencer al ignorante, y es lícito usarlos en beneficio de la verdad; pero no en el de la mentira.

El ardimiento es como el ardid; bueno cuando se le emplea á favor de una buena causa.

Arduo, del sanscrito *sardhva*, la punta del dardo.—Lo difícil de vencer. Se aplica principalmente á los problemas, á las funciones de la inteligencia.

Ardua empresa es la de llegar á un buen sistema filosófico. Por eso la acometen pocos. Los más, abandonan la teoría como excesivamente ardua, y se contentan con la práctica, con imitar lo que consideran buenos ejemplos. No es mal recurso; pero está expuesto á bastantes equivocaciones.

Aretea, filósofa, hija de Aristipo que en unión con su hijo Aristipo

Metrodidáctico y de numerosos discípulos, formularon un sistema, que acabó por fundirse en el de Epicuro.

Todos tomaron de su primer maestro el principio del placer y el desprecio de la ciencia; dogma que, sin apariencia doctrinal, profesan hoy, más ó menos desembozadamente, no pocos ciudadanos de las repúblicas y monarquías modernas.

Los últimos artesanos, había dicho Aristipo, valen más que los matemáticos; un zapatero se preocupa al menos con lo peor y lo mejor, un matemático nunca. La verdad es que si el matemático no es hombre de bien además de matemático, no hay que echar la culpa á las matemáticas ni á la ciencia en general, sino al que hace mal uso de su *poder*, socio y necesitado, no enemigo ni independiente, del saber.

También decía Aristipo de la muerte: «es un movimiento suave repartido en la sensación.» Movimiento, sí, que desequilibra y *hace caer*, aunque al epicureo le parezca suave. El movimiento que *hace subir de nuevo*, es el autonómico del sér viviente.

Argucia, del latín *argutia*.—Argumento falso en que se relaciona indebidamente lo general con lo particular.

No todos los argumentos falsos son argucias, sino solamente aquellos en que la falsedad es intencionada.

Llevar á menudo al hombre á emplear argucias, las intemperancias de su pasión á favor de intereses legítimos ó ilegítimos. Lo malo es que los intereses legítimos pierden en vez de ganar cuando la argucia es descubierta. Así ha sucedido á veces en la discusión de problemas políticos y religiosos.

Distinguese la argucia del sofis-

ma en que tiene carácter particular ó *fenomenal*, así como el sofisma le tiene general; se refiere á leyes y no á fenómenos.

El sofisma es teórico; la argucia se refiere directa ó indirectamente á la práctica: el primero pretende saber; la segunda pretende justificar hechos particulares.

Argumento, voz procedente del latín —Ejercicio de la mente.

Se relaciona fonéticamente con argucia, orden, y supone ejercicio del orden, ó sea la función de hacer el orden lógico (argumentar).

Consiste en la demostración de una tésis lógica mediante sus relaciones genéricas.

El argumento constituido teóricamente en todas sus partes, es el silogismo.

Llámase también argumento al compendio sintético de una obra ideal, amplificable con multitud de pormenores, y como si dijéramos á la teoría de un drama ó de una función viviente antepuesta á la práctica correlativa.

El argumento del Universo y de todos los seres vivos es vivir en general, y cada uno á su manera, en correlación con lo no vivo.

Argumentar es oponer, ó bien teorías á otras teorías, ó bien teorías al sentimiento, que es condición precisa de toda teoría.

Contra un sentimiento vehemente ó una teoría muy arraigada, no valen argumentos.

Tampoco es fácil sugerir con argumentos el sentimiento de lo indefinido, presidente perpetuo de todo lo viviente.

El verbo argüir, análogo á argumentar, se distingue de este último en que no supone la forma científica

y correcta del argumento silogístico,

Árido, del sanscrito *ur*, tierra. — ¿Qué campo más árido que el del pensamiento para el que aspira á cosechar bienes visibles y tangibles?

Y, sin embargo, ¿de dónde proceden el hilo conductor, las inspiraciones felices de todo lo que se hace bueno en la exterioridad, en la Naturaleza, que, como objetiva, se contrapone al pensamiento?

Pero el pensamiento no es cultivado con el afán que la Naturaleza. La atracción hacia un centro definido es tanto más poderosa, cuanto mayor el cuerpo que gravita. Caer en la tierra es más fácil que elevarse en el aire, y también más *positivo*.

Así lo sentiría un cuerpo inerte cayendo en el vacío, si pudiera sentir. Quien puede sentir y saber que siente, sabe que si bien el aire es menos positivo, en él es precisamente donde se encuentran los mayores embelesos, las más grandes perspectivas, la libertad más completa. Sólo se necesita algún lastre para no perderse y morir en un vacío relativo.

Una vez equilibrado, el aeronauta intelectual gira por las alturas, si le place, y sin aspirar á otro lastre que el suficiente para vivir. Así cumplirá sus destinos en la tierra y sus aspiraciones en el cielo.

¿Qué importa que sembrando en ese *cielo puro*, (sin nubes) tan árido y tan infecundo para el *positivo* agricultor, nada recoja sólido ni aun vaporoso, ni aun coseche el aplauso y consideración de sus contemporáneos, ni confíe en la de sus sucesores?

Aristarco, filósofo de la escuela de Alejandría, que hizo investigaciones astronómicas importantes é inventó un medio sencillo de calcular

las distancias de la tierra al sol y á la luna.

Fué el primero que consignó la situación del sol en el centro del mundo, llamándole estrella fija, y la rotación de la tierra á su alrededor, adoptando además la idea de la circulación de ésta sobre su eje.

Consideróse entonces como *impia* esta doctrina, y como impia se la siguió desechando hasta que llegó á dominar en el siglo XVI, cuando fundó Copérnico la astronomía moderna.

Aristeo, geómetra platónico, que escribió con el título de *Lugares sólidos*, un tratado en cinco libros sobre las curvas que se obtienen por secciones cónicas; obra que sirvió de fundamento para las investigaciones y escritos de geómetras posteriores.

Estas curvas sirven muy bien para el simbolismo geométrico de la vida, porque el ser humano puede imaginarse como un punto central del Universo, desde el cual procede cada individuo en forma de dos conos opuestos por sus vértices, uno para lo ideal y otro para lo real; lindando ambos con lo desconocido é incognoscible en lo exterior á su recinto, del cual no puede salir sin disolverse el *centro humano*. Las rectas de estos conos, puestas en relación dinámica, dan las curvas fundamentales de los procedimientos vivientes.

Aristilo, astrónomo que, así como Timocharis, se dedicó durante veinte años del siglo tercero á estudiar la función de las estrellas y las desigualdades en el movimiento de los astros.

Sus observaciones sirvieron de base firme para los descubrimientos ulteriores, y se consideraron como un considerable adelantamiento respecto de cuanto se había heredado de

los más eminentes astrónomos de los egipcios y de los caldeos.

Aristipo, filósofo cirenáico (siglo V antes de Jesucristo). — Sostuvo que la felicidad no estriba, como dijo Sócrates, en la moralidad, sino en el placer de los sentidos. La verdadera libertad consiste, según él, en *librarse del deseo* con gozar de lo que se desea.

Doctrina tan repugnante á la alta filosofía como al buen sentido humano, no ha menester comentarios.

Harto se demuestra la libertad que reina entre los hombres, cuando la hay para profesar tales doctrinas.

Aristocracia, del griego *aristos*, excelente, y *krateia*, poder. — El gobierno de los mejores. También se llama aristocracia al personal selecto de una sociedad.

El gobierno de los mejores es el gobierno ideal. Sean uno, muchos, pocos y aun todos los mejores, si relativamente y con las salvedades necesarias, son inmejorables, el gobierno resultará, de igual modo, inmejorable.

Pero el hombre es fundamentalmente imperfecto, y siempre hay riesgo de un mal gobierno, sean uno, muchos ó todos los que le realicen.

Sobre este punto, como sobre todos, el análisis en general no dá de sí más que vaguedades.

El gobierno de una sociedad es una función autonómica, que *sucede* en gran parte *porque sí*. No es que dejen de contribuir por su parte todos los factores que figuran en la función; pero el factor indeterminado se revela á menudo, y sólo se deja dominar por leyes experimentales ó costumbres.

La *evolución*, el progreso social consiste en perfeccionar parte por parte

cada uno de los elementos de la función común

La *revolución* aspira á un perfeccionamiento total, que nunca se consigue ni se puede conseguir; porque se opone á ello el factor indefinido que ha de destruir en parte lo existente y renovarlo en otra parte.

El gobierno de pocos en absoluto, no da mejores garantías que el de uno, ó de muchos. La mesocracia, no es más legítima por sí sola que la autocracia ó la democracia. Pero así la mesocracia como la autocracia y la democracia, convenientemente limitadas, pueden constituir un buen organismo social.

Si la limitación es en efecto conveniente, resultará la salud; en otro caso la enfermedad, que habrá de curarse por medios evolutivos ó revolucionarios.

La revolución es siempre un mal; porque lastima la totalidad del organismo, que la evolución solo elimina parte por parte en su desasimilación reparadora.

La revolución mata la ley existente; la evolución mata sólo cosas determinadas. Uno y otro procedimiento, no harán nunca más que modificar la proporción ó la calidad de los elementos autocráticos, mesocráticos y democráticos, con resultados incompletos y sujetos á ulterior ejercicio funcional.

Para resolver este conflicto, cualquiera entiende prácticamente lo que le parece mejor. Teóricamente la inteligencia se ejercita en el examen de datos, que dan fundamento á la probabilidad de lo mejor en cada caso particular.

Lo mejor en cada caso es fórmula aristocrática en el pensamiento de quien la formula.

Aristófanes, poeta insigne, conocido en la Filosofía por sus alusiones malévolas á Sócrates en su comedia *Las nubes*.

En la comedia *Los pájaros* insertó también una teogonía muy análoga á la de Hesiodo.

Ariston (DE CHIO), filósofo estoico, que se apartaba de los de su secta en asentar que la virtud y el vicio son independientes de los actos de la voluntad regidos por la razón.

Los estoicos en general distinguían una virtud natural, sin lucha interna ni victoria de la razón, de otra virtud que suponían verdadera, como resultado de una fuerza íntima de la moralidad ejercitada contra la pasión.

La verdad es que ambos tipos de virtud y de vicio (naturales unos, y otros — digámoslo así — artificiales) tienen su mérito, difícil de evaluar comparativamente en cada caso particular.

Aristóteles, uno de los más grandes filósofos, lumbrera inextinguible, cuyo nombre durará tanto como la humanidad sobre la tierra.

No es que dejara de incurrir en grandes errores, que después se han ido suprimiendo; pero recorrió con pasos gigantescos el territorio científico en todos sus ámbitos y en direcciones antes inexploradas.

Sócrates, su maestro, había postergado la teoría, convencido de que nada sabía después de consultar á muchos que pretendían saber algo.

En cambio sus discípulos Platón y Aristóteles se excedieron en teorizar, aquél en sentido idealista (por deducción), y éste en sentido positivista ó materialista (por inducción).

De aquí la predilección de Platón hacia las ideas, y de Aristóteles hacia los individuos, llamando individuos

no sólo á los seres vivos, sino aun á los no vivos.

No obstante, Aristóteles algo conservó de idealismo, aunque reducido á retazos inconexos entre sí, y todos juntos con su predilecto positivismo.

Uno de estos retazos fué su concepto de *conciencia de la conciencia*, equiparado violentamente con el *Acto puro*.

El Acto puro venía á ser algo objetivo, que por encima del globo terráqueo, del sol y de las estrellas, todo lo dominaba *atrayéndolo hacia sí*.

Este acto puro es lo que la ciencia viviente alcanza á sentir como libre, autónomo, determinante, desconocido é incognoscible en teoría, de cuanto se define y conoce en la práctica.

El acto puro de Aristóteles llevaba consigo *toda la potencia*. Todo lo podía; era en suma, el *Todopoderoso*.

Aun incurriendo en contradicción palmaria, todavía abandonaba el Todopoderoso algo de su potencia á poderes secundarios.

Esta potencia segunda se llamó forma, y con ella se maridó el *hile*, la posibilidad ó sea la materia.

Esta forma constituía las almas de los vivos (entelequías) cuando pertenecían á un *ser natural* que llevaba la vida en potencia.

Aquí confundía Aristóteles, al parecer, según se infiere de los expositores de las obras que dejó escritas, la potencia y la posibilidad. La potencia debía llevarla el alma, ó sea la actividad heredada por línea recta del acto puro, y agregada esta potencia á la simple posibilidad ó confundida con ella, nada parece que debía ocultar.

Fuera de esto, Aristóteles estudió y expuso, en forma que se ha conser-

vado hasta nuestros días, la *teoría del silogismo*.

Aristóxenes, filósofo aristotélico, que modificó en algunos puntos la teoría de su maestro.

Era músico, y respecto del alma concibió la *entelequia* de Aristóteles, como una armonía, comparable con la de los sonidos que resultan de los diversos movimientos naturales de un mismo cuerpo.

No se apartaba esto mucho de la doctrina aristotélica. Propendía ésta á relacionar el alma, no con la materia, sino con la forma, que en su doctrina era el nombre dado á la *actividad* en frente de la pasividad; y á considerar como necesaria la encarnación de esa actividad en un cuerpo material.

Aunque no bastante desenvuelto este concepto del alma, va por mejor camino que el que lleva á considerarla como un *objeto* calificado de absoluto.

Para aclarar el concepto aristotélico, basta acudir al criterio de la relación, y considerar la actividad anímica como *autonómica* en relación con toda otra actividad *heteronómica*.

Aritmética, del griego *arítmōs*, número. — Ciencia de los números. Los números que estudia la Aritmética no son los concretos del mundo exterior, sino los inteligibles, matemáticos.

Así es que, comenzando por la unidad, no se la halla en toda su pureza fuera del concepto que de ella se forma el pensamiento.

Sobre esta base abstracta se funda la Aritmética; así como sobre el concepto abstracto de calidad, generalidad ó ley, se funda la Lógica formal.

La Aritmética, la Geometría y la Lógica formal son la triple base teórica, sobre la cual hace el tiempo todas sus construcciones prácticas.

Para hacer este milagro oficia el tiempo en un rápido presente, como unidad absoluta, universalidad y coeficiente indefinido.

Aritmética de posición.—Tabla aconsejada hoy para multiplicar.

Los símbolos numéricos para la escritura que hoy usamos, y que sin razón suficiente se llaman arábigos, es de creer que fueron ya conocidos por los pitagóricos. Usaban éstos la tabla que hoy se propone para multiplicar, y que en tal sentido no presta grandes servicios; para encasillar de arriba á abajo y de izquierda á derecha nueve números, dejando además una casilla vacía donde faltaban números que poner.

Esta casilla vacía fué nuestro cero de hoy.

Dando valor progresivo á los números, según su posición, se facilitaba la lectura de cualquier cantidad, con sólo decuplicar por un número posterior de cada serie el valor del anterior.

Dábase en esta tabla valor al cero póstero, para aumentar diez veces el del número precedente. No se daba valor al cero antepuesto, lo cual es significativo.

La doctrina de Pitágoras, que objetivaba el número, sólo aumentaba su valor *objetivándole* cuantitativamente. Mas no objetivado el cero, toma en la serie viviente valor *subjetivo*: indeterminado como eficiente objetivo, pero determinado como *coeficiente* indefinido de la función á que presta su asistencia.

Aritmética y escéptica.—Sextus se propuso refutar la aritmética concebida en forma platónica ó pitagórica.

Tenía sin duda razón contra los

que daban *objetividad substancial* á los números, eximiéndolos de toda relación.

Han menester los números, como cualquier cosa que se considere, el criterio de la relación.

Con él se salva hasta lo absoluto considerándolo en relación. Muchas funciones hay absolutas, en relación con otras que les están *subordinadas*, pero relativas á la par á otras funciones que les están *coordinadas* ó *supraordinadas*.

Arma, del sanscrito *ar*, disponer, y del griego *aro*, adoptar. — Algo que se adopta, ó de que se dispone, para ejercitar la actividad viviente.

El hombre tiene armas para trabajar, para defenderse, para atacar, así en lo que tiene de corpóreo y vegetativo como en lo que tiene de sensitivo é inteligente.

También dispone de armas no vivas, tomadas del mundo inorgánico, para encaminarse á los mismos fines á que se encaminan sus armas vivientes.

Armonía, del griego *harmonoiein*. —Relación positiva entre extremos contrapuestos.

Se aplica especialmente esta palabra á la armonía de los sonidos. Semejante armonía es, al propio tiempo, un bien ideal objetivo y un bien objetivo subjetivado.

Las oscilaciones regidas por una ley numérica ordenada, son ya relaciones triples: del número con el espacio y del número y el espacio con el tiempo. De aquí los sonidos.

Estos, cuando son armónicos, se relacionan además agradablemente con el sentimiento, y en conformidad con la ley del bien, en la reflexión.

La desarmonía de los sonidos se relaciona, por el contrario, con senti-

mientos desapacibles y con el desorden y la contravención á la ley impuesta por la razón.

La armonía exige que dos extremos coincidan en una transacción común; es distinción en la identidad, é identidad en la distinción. La de la música aparece realizada en la forma exterior más íntimamente relacionada con el sentido interno: la de vibraciones aéreas, desprovistas de permanente objetividad.

Hay, por lo tanto, armonías en el mundo inorgánico, en el vegetativo, en el sensitivo y en el intelectual; pero lo armónico tipo, que es lo inteligente, se llama bien supremo, y la armonía de la música, por ejemplo, lo es para el oído; la de los colores para la vista; la de los sexos para la reproducción vegetativa, y la de los sentidos entre sí y con sus objetos propios, para la vida práctica del animal.

Armonía (vida).—Los estoicos se elevaron mediante su teoría á proclamar como máxima de conducta humana: *vivid armónicamente*, y Zenón añadía: *vivid armónicamente con la naturaleza*.

Procede añadir además: *vivid armónicamente con la naturaleza y con Dios*; lo cual equivale á proclamar la relación y la función de relacionar lo mejor posible todo lo relacionable.

Esta es la teoría de la vida, concebida como término medio entre el polo objetivo (definido) y el subjetivo (indefinido), manteniéndose en equilibrio entre los extremos correlativos.

Arquedémo, filósofo estoico, que, como todos los de su secta, admitía dos principios absolutos, uno *eficiente*, que es Dios ó sea la razón en sí, y otro *paciente*, que es la *materia* desprovista de cualidades.

Sentían estos filósofos oscuramen-

te los principios, no absolutos, pero sí relativos, que consigna la ciencia viviente como acción y pasión; como autonomía y heteronomía; como polos prácticos de la función de pensar.

Arqueología histórica.—Investigación de los sucesos pasados. Es la memoria de la vida pública y social, como la memoria es la arqueología personal.

La humanidad, como el hombre, apenas recuerda la época de su primera infancia.

Conviene, sin embargo, que el hombre se abisme á menudo en sus recuerdos, para dar cuerpo robusto á sus determinaciones venideras.

Quien estudia la historia, hace suya la memoria de los siglos, y prepara una nutrición robusta á su espíritu filosófico.

Arquetipo, del griego *arché*, primero, y *typos*, modelo. — Modelo de orden de construcción del mundo. Bien ideal absoluto. El bien ideal se hace relativo y parcial al realizarse, aun en idea; solo no realizándose ni aun en idea deja de hacerse relativo y parcial. Así al menos lo siente la inteligencia, por más que se declare impotente para distinguir lo relativo de lo absoluto correlativo.

La generación del bien absoluto es, en el acto mismo, degeneración relativa.

Arquiloco, uno de los *sabios* (ó más propiamente *devotos*) de Grecia, á quien se atribuye esta sentencia: « Zeus, padre supremo, tu reinas desde el alto cielo y desde allí tiendes la vista á cuanto hacen los hombres, y á todos sus actos inícuos ó impíos; y hasta en las bestias cuidas de lo justo y de lo injusto.»

El sentido íntimo, el sentido moral hablaba en boca de estos sabios, in-

conscientes casi de sus propias palabras; como habla con mayor escala de inconsciencia, en boca del vulgo *indocto* y aun del niño en su primera infancia.

Arquímedes, célebre matemático, físico y astrónomo, que floreció en la escuela de Alejandría entre las épocas de Eudoxio y de Hiparco, creando la Mecánica y dando nuevos ensanches á la Geometría; sobre la última tierra pitagórica, que iba á ser muy pronto dominada por Roma.

Arquímedes sobresalió en la teoría mecánica, no así en la física ni en la química; porque en su tiempo se iba ya perdiendo el carácter práctico, que antes de él había tenido el pensamiento, sustituyéndole un dominio teórico, que, haciendo preponderar las doctrinas de Platón y de Aristóteles, mantuvo casi desierta durante los siglos de la edad media la ancha vía de la investigación experimental.

Arquippa, filósofo pitagórico que, con su correligionario Lysis, logró salvarse de la proscripción sufrida por su maestro y todos los demás partidarios de su escuela. Temeroso de que no quedara huella de la doctrina pitagórica, se esforzó por recordarla á duras penas y consignarla por primera vez en sus escritos.

Arquitas (de Tarento).—Fué uno de los principales discípulos de Pitágoras. Profesaba, como su maestro, la doctrina de que los números son los fundamentos de las cosas y hasta las cosas mismas.

Atribuía, pues, á los símbolos numéricos, muy fecundos, por cierto, en sugerencias filosóficas, el valor mismo de los conceptos y aun de los objetos simbolizados.

Al menos así lo han transcrito los

autores contemporáneos, que acaso hayan exagerado algo el alcance de las doctrinas de Pitágoras.

Por lo demás, las ciencias matemáticas son muy á propósito para enseñar filosofía por el método que llaman objetivo; pero ha de ser no echando en olvido la ingerencia de la lógica, y la de la práctica correlativa con ambas teorías, lógica y matemática.

Arquitectura, del griego *arché*, mando, y *tektón*, albañil.—Arte que modifica la exterioridad natural, acomodándola á las necesidades del hombre.

La Escultura realiza en cuerpos sólidos la forma humana; la Arquitectura realiza con cuerpos, también sólidos, la forma en que la Naturaleza, como exterioridad en general, transige particularmente con cada hombre.

La Naturaleza transige con el hombre en general, dándole un suelo, un cielo y una circunferencia extensa, variada y lindante con lo indefinido. Cada hombre, en particular, se apropia esa Naturaleza en cuanto puede, subordinándola á sus fines.

Los fines humanos son de las tres categorías: moralidad, belleza y verdad.

La moralidad en la Arquitectura es que proteja lo más posible al individuo; la belleza estriba en la proporción, la armonía y la riqueza en pormenores; y la verdad consiste en la consonancia entre la idea del artista y el ideal sancionado como tipo en el monumento histórico correspondiente.

Los edificios ideales tienen también su arquitectura, en la cual cabe, como en toda obra de arte, la originalidad que se revela por el genio artístico.

Arraigo, de *raíz*.—La vida se afianza en la nutrición, echa raíces que dominan lo inorgánico y sirven de base y fundamento á funciones superiores. El hombre se arraiga en la Naturaleza, apropiándola en cuanto puede; las ideas arraigan en el espíritu, forjándose ellas mismas la base fundamental de sus funciones.

Arrastrar, de *a* y *rastra*.—Tirar, atraer una cosa para llevarla en dirección definida ó indefinida.

Lo que arrastra en dirección definida es lo definido ya, y arrastra pasivamente. Lo que arrastra en dirección indefinida es un término medio: activo respecto de lo definido, que le opone en vano su fuerza objetiva en sentido contrapuesto; y pasivo á su vez respecto de lo indefinido absoluto, que lo arrastra hacia sí.

Así es como las pasiones humanas arrastran al cuerpo, imperando en él; pero las arrastra imperando en ellas la autonomía individual.

Arrear, voz de origen árabe.—Excitar la actividad en casos de humilde condición.

En los de condición más elevada se dice estimular.

Hay quien necesita que le estimulen con una vara, y hay quien se estimula por un pequeño aplauso, aunque sea sólo de su conciencia.

Arrebato.—Determinación causada por un estado pasional violento, superior á la determinación voluntaria, simultánea con dicho estado. El arrebato se efectúa, en ocasiones, durante un eclipse de la conciencia, y por eso se aprecia legalmente como circunstancia atenuante de un delito.

Una voluntad firme puede, sin embargo, dominar los arrebatos, y el hombre es tanto más responsable cuanto menos hace, pudiendo hacer

lo, por dominarlos, ya en el acto mismo, ya preparándose con una educación conveniente.

Arredro, del latín *ad-retro*, detrás.—Hacia atrás, movimiento que suele interpretarse en mal sentido.

Normalmente andamos los hombres hacia delante. ¡Cuántas veces, sin embargo, no tenemos que retroceder!

Si no, retrocederíamos en la historia para conquistar buena parte de los tesoros en ella contenidos, y aun fuera de la vida misma; un primer impulso nos llevaría á todas las contingencias de lo imprevisto.

No se hace la bola de nieve sin conservar el núcleo, lo ya hecho. No se hace nada en el tiempo, sino volviendo á recoger á cada instante lo que se va dejando atrás.

Arreglar, *a-reglar*.—Someter á reglas.

Siendo la regla una ley mermada en sus atribuciones, y provista, en cambio, como práctica de una libertad de que carece la ley teórica, facilita las transacciones y es aplicable á todos los aspectos de la vida.

Todo se arregla, ó, por lo menos, está bien ó mal arreglado; si no para el ser viviente en particular, que á veces no tiene arreglo, para el mundo, en general, que nunca cesa de arreglarse á su manera.

Con solo conservarse, se arregla lo creado dentro de la creación en general; al paso que para cada ser viviente, en particular, puede venir á cada instante la muerte ó desarreglo final.

Lo que no se concibe por el criterio humano, ó sea por la regla de juzgar de cada entendimiento, es cómo y para quién, podría conservarse la generalidad, representada por lo hecho y constituido en la creación, en

BIBLIOTECA U. A. N. L.